

Jean Cartelier
Université de Nice
Francia

Teoría del valor o heterodoxia monetaria: los términos de una opción

Lecturas de Economía. No. 22. Medellín, enero-abril de 1987. pp. 53–71

● **Resumen.** La presentación habitual de la economía política como compuesta por diferentes corrientes –según la teoría del valor que se adopte por ejemplo– oculta esta oposición más fundamental: la escogencia analítica crucial es entre el análisis real –es decir, la teoría del valor– y el análisis monetario. La primera descansa en la exclusión de la moneda y describe el carácter cuantitativo de las relaciones económicas mediante precios o valores asociados a una lista dada –a priori– de bienes. La segunda no necesita ninguna hipótesis de nomenclatura y parte del dinero concebido como un conjunto de bienes. Se sostiene aquí que el análisis real implica, necesariamente, un proceso de ajuste (el mercado). Desafortunadamente, no disponemos de ninguna teoría que satisfaga tal mecanismo social. La heterodoxia monetaria permite una presentación más fructífera de la economía. En particular, dos rasgos esenciales de la sociedad pueden así ser verdaderamente tratados: la crisis y la heterogeneidad entre empresarios y asalariados.

● **Abstract.** The common presentation of political economy as composed of various currents (for example, depending on the theory of value adopted) obscures a more basic distinction: that between real analysis and "monetary analysis". The former starts out from bundles of goods and hence requires a theory of value. The other, by contrast, postulates the existence of money in terms of bundles of goods. While real analysis is crippled by its dependence on the social mechanism of markets which lies outside its theoretical formulation, "monetary analysis" permits a more fruitful approach especially to such questions as crises and the differences between employees.

Publicado originalmente en *Economie Appliquée*. Vol. XXXVIII, No. 1. París, 1985. pp. 63-82. Traducido del francés por José Félix Catano Molina y revisado por Eduardo Aldana Cárdenas y Luis Guillermo Vélez Álvarez. Los subtítulos han sido agregados por *Lecturas de Economía*.

Introducción, 55. I. La oposición real/monetario y el concepto de crisis, 58. II. La noción de mercado: vía libre a la heterodoxia monetaria, 62. III. De las decisiones individuales a la formación de la sociedad, 65.

Introducción

Ha sido tradicional presentar la economía política como formada por muchas corrientes de pensamiento cuya coexistencia se interpreta en forma diferente según que se pertenezca a la escuela neorricardiana, marxista, keynesiana o neoclásica. Uno de los méritos de esta presentación es no reducir la economía política a su sola rama dominante; pero, sin embargo, permanece superficial: el análisis sobre el fundamento de esa pluralidad de corrientes puede ponerla en cuestión.

¿Debemos realmente tomar en serio, sin un efectuar antes un examen profundo, las múltiples diferencias y especificidades de toda clase indicadas por los voceros de una u otra escuela? Eso no es seguro. Muchas de estas particularidades, esenciales para la historia del pensamiento y para la comprensión de la formación y de la oposición de las corrientes –pensemos en las convicciones filosóficas de los autores y en sus compromisos en la sociedad– se revelan frustrantes para determinar su identidad analítica.

Los debates de estos últimos treinta años permitieron, por ejemplo, reconsiderar la diferencia, propuesta por los marxistas, entre la teoría

económica de Karl Marx y la de David Ricardo. Las posiciones defendidas por los primeros tienen, de hecho, un fundamento analítico ricardiano y no deben gran cosa a la *weltanschauung** del autor de *El Capital*¹. Al mismo tiempo, los keynesianos, al aceptar el concepto de equilibrio, tuvieron un lugar preciso y limitado en el seno de la corriente neoclásica, independientemente de su adhesión a una cierta filosofía social y a un cierto estilo de intervención del Estado². En fin, recientemente uno de los representantes más eminentes de la teoría del equilibrio general se esforzó en demostrar que, fuera de la existencia del patrón de precios, ninguno de los resultados obtenidos por Sraffa y los neoricardianos estaba fuera del alcance de la teoría dominante³.

En síntesis, la referencia a una de las corrientes tradicionales no parece ser suficiente para definir una posición analítica precisa.

Joseph Alois Schumpeter no se equivocó cuando situó la discusión del análisis económico más allá de las escuelas constituidas ni cuando señaló la importancia de la oposición entre análisis real y análisis monetario:

El análisis real parte del principio de que todos los fenómenos esenciales de la vida económica pueden ser descritos en términos de bienes y servicios, de las decisiones que respecto a ellos se adoptan y de las relaciones entre los mismos [...]. El análisis monetario introduce el factor dinero en la base misma de nuestra estructura analítica y deja a un lado la idea de que todos los rasgos esenciales de la vida económica puedan ser representados mediante el modelo de una economía de trueque⁴.

Sin embargo, Schumpeter no llegó a convertir esta oposición en la *summa divisio* de su obra. El hecho de que haya reconocido que el análisis real y el análisis monetario coexistían en la mayor parte de los autores puede, sin duda, explicar que esta oposición no le haya parecido la mejor para orientar una historia del pensamiento económico. Otra razón más fundamental puede ser propuesta: la evidencia del análisis real –que engloba, de hecho, todas las teorías del valor– lo conduce a admitir, más o menos claramente, que el análisis monetario no tiene existencia autónoma y que su importancia debe siempre ser apreciada con relación a la teoría dominante que es real.

Tal punto de vista puede ser representativo de la mayor parte de aquellos autores que, descontentos de ciertas conclusiones de los análisis reales, se esfuerzan por corregirlos introduciendo las perturbaciones ligadas a

fenómenos monetarios. Es excepcional que un punto de vista sistemático y exclusivamente monetario sea reivindicado frente a la teoría del valor. Sin embargo, tal posición es la que daría todo su sentido a la profunda intuición schumpeteriana.

El propósito del presente artículo es precisamente bosquejar tal posición mediante la siguiente hipótesis de trabajo: el enfoque monetario y el enfoque real, son en sí mismos, visiones completas y autosuficientes, en el sentido de que sus respectivos puntos de partida –la nomenclatura de bienes, por un lado, y la existencia del dinero, por el otro– permiten aportar respuestas a la cuestión fundamental de la naturaleza de la sociedad económica. Que estas respuestas difieran en su fundamento, o que problemas de coherencia interna puedan afectar a uno u otro de estos enfoques, o que estén presentes simultáneamente en muchos autores, no puede hacernos olvidar que la oposición real/monetario representa la opción analítica crucial en teoría económica: los análisis que ella permite se revelan, a la vez, estrictamente incompatibles⁵ y, hasta cierto punto, completamente constituidos.

La búsqueda de una síntesis entre los dos enfoques, lejos de ser un ideal científico, sería entonces completamente ilusoria y se impondría incluso al desarrollo de una reflexión alternativa a la teoría dominante, reflexión que sólo parece encontrar en el enfoque monetario una expresión teórica.

No es posible en las páginas siguientes proporcionar una demostración acabada de la bondad de la hipótesis antes citada. Sin embargo, algunas presunciones pueden ser reunidas a su favor y una línea principal de argumentación puede ser indicada.

En un primer momento conviene precisar lo que debe entenderse por "cuestión fundamental de la naturaleza de la sociedad económica", porque es ella, precisamente, la que da sentido a la existencia de la economía política, cualquiera que sea su forma, real o monetaria, y la que sitúa en su punto el debate acerca de crisis o ajuste. Un breve resumen de los rasgos generales del enfoque real pondrá enseguida en evidencia su poder y su generalidad –de Adam Smith a la teoría del equilibrio general pasando por Karl Marx–, pero también la dificultad para elaborar su concepto central: el mercado.

Precisamente, las condiciones de superación de esta dificultad nos ofrecerán una introducción al análisis monetario, cuyos elementos esenciales presentaremos. A través de algunos de sus rasgos fundamentales, el enfoque monetario, aunque menos elaborado que su rival, se presenta como el único capaz de dar un fundamento teórico a las críticas más importantes dirigidas

a la teoría dominante y a muchas intuiciones heterodoxas que han permanecido, hasta el presente, por fuera de la teoría económica propiamente dicha.

I. La oposición real/monetario y el concepto de crisis

Formulada muy brevemente, la cuestión de la justificación de la existencia de la economía política es la misma acerca de la validez de la abstracción de ciertas relaciones sociales particulares en el seno de la totalidad de las relaciones sociales. Más allá de las controversias sobre el objeto de la ciencia económica –definición formal, en términos de racionalidad de medios, o sustancial, en términos materiales– bien parece que la particularidad que ha permanecido, de hecho, en la historia es el carácter cuantitativo de estas relaciones, juzgado suficiente para asentar sobre él la autonomía de un saber y el interés de una interpretación específica.

En otros términos, han sido calificadas de económicas las relaciones sociales que se presentan bajo la forma cuantitativa y, por este hecho, se estiman irreductibles a las otras. Ciertamente, es un rasgo esencial de nuestra disciplina el que la reflexión económica se lleve a cabo sobre magnitudes; sus conceptos constitutivos son ellos mismos contruidos como magnitudes: valores, precios, tasa de beneficio, tasa de interés... Se presentan como solución de un sistema de ecuaciones mucho antes que la economía política se haya efectivamente matematizado.

La autonomización de la economía política es entonces indisociable de la abstracción de las relaciones económicas. Ello plantea la separación de un saber general sobre la sociedad que, aunque muy rico, parece inadecuado. De esta manera, los agentes económicos no son ya identificables como políticos, religiosos o miembros de una comunidad familiar. Conviene, entonces, elaborar una representación racional adecuada a esta abstracción y reconstruir una interpretación específica de la sociedad económica.

Tal es, precisamente, el objeto de la teoría económica en su nivel más fundamental: dar una respuesta con vocación científica a la cuestión de la naturaleza de la sociedad económica. Se conoce el papel extremadamente importante jugado por la concepción ortodoxa de una sociedad de cambistas voluntarios, iguales en derecho y que forman una sociedad pacífica, con la ausencia de toda coerción externa. A esta visión se opondrían otras

representaciones que intentan hacer prevalecer la imagen menos idílica de una sociedad donde la lucha de clases no puede expresarse sino de manera violenta en un contexto de crisis y donde el Estado es, a la vez, el producto y el objeto del enfrentamiento.

En ambos casos, dar una base analítica incontestable a estas interpretaciones ha sido una exigencia primordial. Karl Marx y Léon Walras confían en la ciencia. Pero la distancia que separa el enfoque teórico propiamente dicho de las intenciones ideológicas puede a veces ser muy grande. Así, la alternativa crucial, aquella que opone el análisis real y el análisis monetario, se veía dissociada de pensamientos apologéticos o contestatarios. La tesis defendida aquí es que existe, de hecho, una correspondencia estrecha, aún más: obligada, entre la alternativa teórica inicial y las interpretaciones subsiguientes. Los debates pasados no han hecho aparecer claramente este parentesco, lo que tiene mucha influencia sobre las discusiones contemporáneas. Para esclarecer el sentido de esas controversias es preciso poner en evidencia la existencia de una relación necesaria entre el análisis real, o teoría del valor, y la visión de la sociedad como resultado de un proceso de ajuste, de una parte, y entre el análisis monetario y la concepción de una sociedad donde lo no intencional es el resultado de decisiones libres y voluntarias, es decir, de una sociedad cuyo principio de formación es la crisis.

Es necesario dilucidar algo más esta opción entre valor y dinero, puesto que, a priori, es posible obtener una representación del carácter cuantitativo de las relaciones económicas siguiendo uno u otro enfoque:

- El primero se fundamenta en la existencia de un lazo social cuantitativo, el dinero, y se esfuerza por precisar las reglas del juego, es decir, el modo de funcionamiento de una sociedad monetaria: se trata, a partir de la constatación del dinero, de deducir los diferentes aspectos de la vida social, de describir las formas de la actividad económica.
- El segundo, rechaza el dinero como cuantificación pertinente y reconstruye racionalmente un universo cuantificado a partir de un dato real: se trata de la teoría del valor cuyo objetivo es asociar magnitudes (precios o valores) a objetos cuya existencia se presupone (nomenclatura de bienes).

Cuando se trata de reconstruir mentalmente el proceso lógico de la formación de la teoría económica aparece claro que la escogencia entre estas dos versiones es decisiva. En la historia real las cosas son menos nítidas. Es cierto, sin embargo, que el periodo llamado mercantilista dió lugar a

controversias importantes, diversas y complejas, donde uno de los problemas fundamentales fue, incontestablemente, la orientación del pensamiento económico hacia una u otra de las dos direcciones concebibles. Es igualmente posible reconocer en el triunfo de Adam Smith y de sus sucesores (de David Ricardo a Léon Walras, pasando por Karl Marx) la preeminencia del concepto de valor y de riqueza real, mientras que las reflexiones teóricas fundadas sobre el estudio de las relaciones monetarias avanzan más o menos subterráneamente hasta el gran resurgimiento keynesiano. Pero sería excesivo asociar de manera exclusiva algunos nombres –célebres o no– a estas orientaciones. En diversos grados, el pensamiento de cada autor importante depende de las dos orientaciones, a pesar de que son incompatibles: esto es evidente en Karl Marx e igualmente en Francois Quesnay y todos aquellos que recurren simultáneamente a un análisis en términos de circuito y a otro basado en la producción real.

La opción teórica fundamental no se ha planteado claramente, por tanto, en la historia. Sería ingenuo ignorar la dificultad inherente a toda tentativa de abstracción y de representación racional, sobre todo tratándose de la sociedad.

En esta forma el segundo enfoque, que dominó la historia del pensamiento y que reina todavía en los medios académicos, no se impuso sin dificultades. Un breve examen histórico muestra que la lentitud y las dificultades de su gestación contrastan con la evidencia científica que muchos economistas le atribuyen, todavía, en el presente. El triunfo de la idea de riqueza real y, por supuesto, del valor es, en efecto, la culminación de una multitud de debates particulares, cuya convergencia nos aclara, retrospectivamente, el sentido de los mismos. Uno de los más significativos parece ser la oposición entre realismo y nominalismo en materia monetaria. Del dinero como signo –o símbolo que expresa una pura convención social– al dinero mercancía, todos los matices intermedios se encuentran en distintos autores y están con frecuencia presentes simultáneamente en muchos de ellos. Como lo muestra Schumpeter, es muy considerable la dificultad que esto supone para el análisis de los textos, pero eso no debe ocultar la importancia de la cuestión en juego, esto es, saber si el dinero puede ser objeto del discurso económico es decir, si el dinero es susceptible de ser deducido como categoría económica o si, por el contrario, su presuposición es la condición de la elaboración de la economía política.

De hecho, este debate se desarrolló también a través de otras controversias tanto teóricas –¿se mide la riqueza en dinero?, ¿está constituida por el oro y la plata?– como prácticas –¿debe la jurisprudencia

favorecer la ejecución de los contratos expresados en unidades de cuenta o en pesos de metal?—

La cuestión de saber si el sujeto de la riqueza es el Príncipe o los individuos ha sido igualmente un lugar de significativo enfrentamiento. Esquemáticamente, la defensa de la primera posición se debe asociar a la idea de unas reglas de juego ya dadas —a imagen de la moneda y del Príncipe— de las que se trata simplemente de traducir el efecto sobre el funcionamiento de la sociedad. La defensa del segundo enfoque conduce naturalmente al tema de la sociedad que se constituye como económica; el proceso de socialización es indisoluble del proceso de la formación de la riqueza: la riqueza es real porque se da por fuera de la moneda y del Príncipe.

En el mismo espíritu, un tercer punto de controversia participa de la misma oposición: en efecto, la afirmación del liberalismo está ligada en los siglos XVII y XVIII a la idea de una determinación natural y objetiva de la sociedad.

La fragmentación de la oposición principal en numerosos debates parciales es la fuente de numerosas distorsiones que pudieron hacer perder de vista que cada uno de los enfoques tiene sus exigencias teóricas propias y que a cada uno de ellos están necesariamente asociados un cierto número de rasgos peculiares.

El análisis real conduce lógicamente a una interpretación de la realidad económica en términos de ajuste y equilibrio que excluye, por lo mismo, toda idea de no intencionalidad y de crisis⁶. Que eso sea cierto para la teoría del equilibrio general no sorprenderá, pero que también se refiera a la teoría marxista del valor permite, eventualmente, comprender por qué el pensamiento económico marxista se ve conducido a múltiples callejones sin salida, al no poder superar la distancia entre sus medios analíticos y el objetivo que pretendía alcanzar. A la inversa, el enfoque monetario autoriza una interpretación mucho más amplia al dar cabida a lo no intencional. Específicamente, sólo él permite precisar como una configuración de alternativas voluntarias y libres llega a una situación efectiva no deseada para los individuos, lo que es una definición posible de la crisis. Adicionalmente, el enfoque monetario se presenta como el único susceptible de pensar una relación salarial que no se reduzca a ser un intercambio puro y simple. Conviene que examinemos ahora estas correspondencias y los problemas que plantean.

II. La noción de mercado: via libre a la heterodoxia monetaria

El análisis real domina desde hace dos siglos y por esa razón será llamado ortodoxo –lo que no es, de ninguna manera, peyorativo– y, por eso mismo, el análisis monetario aparecerá como heterodoxo. Del primero viene lo esencial de nuestra representación "espontánea" de la vida económica.

Si nos olvidamos de la moneda, la descripción del mundo económico sólo puede hacerse con base en un postulado de nomenclatura: se admite que existe una lista finita de bienes y servicios identificables por todos los individuos de la sociedad. Esa nomenclatura es lo que los individuos tienen en común y es por lo que ellos pueden eventualmente comunicarse. En este "espacio" de los bienes los individuos serán identificados, ya sea por las dotaciones iniciales de los mismos, ya sea por el tipo de actividad (o de trabajo concreto) ejecutada. La noción de individuo no es la misma según las escuelas, en razón, principalmente, de las concepciones filosóficas que están subyacentes. Pero desde el punto de vista de la teoría económica, que abstrae las relaciones cuantitativas, el individuo es, a priori, una categoría vacía: su sola determinación es la libertad entendida negativamente, es decir, como ausencia de todo lazo social distinto a lo económico. El contenido positivo de esta libertad está determinado por lo que se requiere analíticamente para obtener el sistema de magnitudes con el cual se pretende describir la sociedad económica: los valores o los precios. Sin duda, este sistema difiere también, según las escuelas, pero en una medida menor.

Todas las teorías del valor pretenden resolver un mismo problema general: dado que los individuos son libres y autónomos, ¿cómo puede ser que sus acciones sean mutuamente compatibles y que en vez de engendrar el caos concurren a formar una sociedad? Bajo las formas más diversas, la respuesta es igualmente única: la sociedad se forma (o puede formarse) si existe un sistema de precios o de valores aceptados por todos los individuos. El hecho de que estos valores manifiesten una equivalencia (fundada sobre las cantidades de trabajo o de capital) o la compatibilidad entre las acciones de individuos que maximizan su utilidad bajo las restricciones presupuestales (es decir, un equilibrio), importa poco a la vista de la proposición fundamental según la cual las magnitudes que caracterizan la sociedad económica están determinadas: son la solución de un sistema de ecuaciones que expresan las restricciones de existencia. Por lo tanto, si el mundo real, observable, está bien sometido al control de la teoría –en su defecto, la teoría sería vacía– es porque allí obra un proceso de ajuste que asegura que las

magnitudes efectivas realmente poseen las propiedades requeridas por la teoría (por ejemplo, el equilibrio). El nombre de ese proceso de ajuste es, por lo demás, común a todas las escuelas ortodoxas: se trata del mercado. La hipótesis del ajuste –consecuencia necesaria de la reconstrucción de las cantidades a partir del postulado de nomenclatura– está asociada a las nociones de intercambio voluntario y de equilibrio⁷. Por lo tanto, excluye la crisis como forma de existencia de la economía.

La ilusión contraria, mantenida por mucho tiempo por los partidarios de la teoría marxista del valor, se esfuma cuando uno se pregunta el significado de un "valor no realizado". El valor es socialmente efectivo o no es: un valor no realizado es una contradicción en los términos. Dentro de la lógica del análisis real –es decir, de la teoría del valor– se rechaza lo no intencional. Por construcción, la sociedad económica es el resultado deseado de decisiones voluntarias que llegan a ser compatibles a través del mercado.

La tradición clásica y la marxista han esquivado la cuestión del mercado convirtiéndolo en un modo contingente de realización de los precios, cuya determinación dependería de una instancia más fundamental. Pero, ¿cuál puede ser el efecto sobre el conocimiento del principio de la uniformidad de la tasa de beneficio si ella no está explícitamente ligada a la concurrencia capitalista? o, en otros términos: ¿cuál puede ser el sentido de la equivalencia de las cantidades de trabajo abstracto si el vínculo con la forma de organización de la sociedad –el mercado– no está precisado? Marx no más que Ricardo puede evitar esta pregunta. El hecho de que haya sido relegado a los apéndices y reglamentado por la afirmación de la gravitación de los precios de mercado en torno a los precios naturales no es, de ninguna manera, satisfactorio, como lo testimonia la actual renovación de ese debate en el campo clásico. Por esa causa, es la corriente neoclásica la que ha tenido el mérito de desarrollar el estudio del mercado, aunque, también en ella, la cuestión del proceso de ajuste haya recibido infinitamente menos atención que los problemas de la existencia del equilibrio o de la estática comparativa. En efecto, el mercado constituye el concepto crucial del enfoque ortodoxo del cual debería ser el pivote pero, de hecho, el se presenta como su punto vulnerable.

No es este el momento de recordar todas las dificultades encontradas en las tentativas de reconstrucción racional de los procesos de mercado; las insuficiencias advertidas del *tâtonnement** walrasiano y las incertidumbres de las formalizaciones actuales⁸. Sin embargo, conviene tenerlas en mente puesto que las condiciones de su superación son susceptibles de poner en cuestión el análisis real mismo. En efecto, parece posible proponer que las

tendencias actuales, a saber: el abandono de la competencia perfecta (lo que equivale a reconocer a los individuos una capacidad de iniciativa en materia de precios y de cantidades) y de la condición de anulación de las demandas excedentarias globales mediante el intercambio (lo que equivale al abandono del intercambio voluntario en beneficio de reglas a priori sobre contactos entre contratantes) van en el sentido del análisis monetario heterodoxo. Esta cuestión no será examinada en detalle por falta de espacio y de competencia, pero las breves indicaciones que siguen pueden dar una idea del razonamiento.

Los análisis modernos han introducido, a partir del *tâtonnement* walrasiano —que ha sido juzgado como una detestable representación del mercado— un cierto número de modificaciones, entre las cuales las dos esenciales parecen ser la admisión de transacciones efectivas no sometidas a las condiciones globales (procesos de *non-tâtonnement*) y el abandono de la competencia perfecta: los individuos son *price-makers* y el "subastador" [*secrétaire*] del mercado no garantiza ya la unicidad del sistema de precios⁹.

Uno de los puntos delicados de la teoría es, por tanto, de determinar cuáles son los intercambios que van a efectuarse y cuáles son las relaciones que van a constituirse: a partir del momento en que las transacciones tienen lugar fuera del equilibrio, es necesario determinar las que tendrán lugar, efectivamente, entre todas las deseadas. Ninguna regla —no arbitraria— parece haber sido formulada hasta el momento presente que permita responder de manera clara a este problema. A título de ejercicio, y suponiendo provisoriamente los individuos *price-takers*, se puede eludir la dificultad si se admite que todas las transacciones deseadas, para un cierto vector dado de precios, son efectivas aún si ellas son mutuamente incompatibles. Para ello conviene, por ejemplo, dotar al "subastador" del mercado de una cantidad suficiente de cada bien que le permita comprar y hacer stocks de bienes en los que la oferta sea excedentaria y ofrecer los bienes en que la demanda también lo sea. La acción ulterior del "subastador", para mantener su dotación inicial, debe asegurar la convergencia, ya que bajará los precios de los bienes que están en exceso (oferta excedentaria) y elevará los de los otros bienes. En este esquema, todo pasa como si, gritando los precios, el "subastador" del mercado reconociera a los diversos individuos una cierta capacidad para comprar en el mercado, equivalente al vector de sus ofertas netas multiplicado por los precios correspondientes.

Si se introduce la idea de que los individuos son ahora *price-makers*, se hace desaparecer, a la vez, la unicidad del sistema de precios y la capacidad

del "subastador" para controlar el proceso actuando sobre los precios. La única salida concebible es pensar que el "subastador" fija, directamente e *intuitu personae*, la posibilidad de comprar de que disponen los individuos. En este sistema, los individuos, cada uno por su propia cuenta y sin indicación del "subastador", fijan sus planes a partir, principalmente, de sus anticipaciones cuya realización estar sometida al aval de una instancia central que les reconoce una cierta capacidad de gastar. La atención se desplaza de los bienes hacia el individuo, de los precios hacia las relaciones entre los individuos y la instancia central. La elaboración activa de los planes individuales según las anticipaciones y el "estado de las noticias" hace, evidentemente, pensar en la demanda efectiva de John Maynard Keynes¹⁰, mientras que la forma de la relación entre los individuos y el "subastador" del mercado sugiere fuertemente la imagen de un sistema monetario en el que la regla de amonedación determina la capacidad para tomar decisiones¹¹.

Sin darnos cuenta, se nos conduce a una representación de la sociedad económica en la que el postulado de nomenclatura pierde su razón de ser en beneficio del postulado del dinero. La pertinencia del análisis real se oscurece; el enfoque que privilegia la noción del mercado conduciría a desnaturalizarlo (al análisis real) y a adoptar un punto de vista del todo inesperado: la adhesión a la heterodoxia monetaria y a sus dos conceptos centrales, a saber, la demanda efectiva y el principio de amonedación.

III. De las decisiones individuales a la formación de la sociedad

Keynes dió, implícitamente, una definición ejemplar del enfoque heterodoxo cuando en el cuarto capítulo de la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* toma en cuenta sólo las magnitudes monetarias (o las proporciones entre magnitudes monetarias) para elaborar su teoría. En efecto, el punto de partida de esta economía política es el postulado del dinero. El dinero se presenta como la única realidad económica, la única referencia que los individuos tienen en común. Las dimensiones monetarias son las únicas magnitudes del discurso económico, el cual, entonces, se desarrolla por fuera de la teoría del valor. El hecho de postular el dinero rompe con dos prácticas muy diferentes que lo toman en cuenta; por lo tanto, esa ruptura nos puede mostrar el fracaso repetido de esas prácticas.

La primera es "la integración del dinero en la teoría del valor". Son diversas las formas que toman las distintas tentativas, pero la incapacidad para tratar el dinero es ahora reconocida por los teóricos del equilibrio general más lúcidos: "El desafío más serio que la existencia del dinero plantea al teórico es éste: no tiene cabida en el mejor modelo desarrollado de la economía [...]: la versión de Arrow-Debreu del equilibrio general walrasiano"¹². Efectivamente, la indeterminación económica del dinero en la teoría ortodoxa es una característica inevitable: el acto fundador del análisis real es la exclusión del dinero y su reemplazo por el valor. En estas condiciones toda la ulterior incorporación del dinero está contaminada de redundancia y de arbitrariedad¹³.

La segunda se propone realizar la génesis del dinero. Ella fue ilustrada por Marx y se retoma de manera recurrente¹⁴. El éxito eventual de una empresa parecida significaría muy claramente la desaparición de la economía política: el dinero, forma específica de las relaciones humanas calificadas de económicas, sería, entonces, pensable como el resultado de otras relaciones sociales; la economía política se disolvería ella misma en un sistema de conceptualización de otro conjunto de relaciones y sería englobada por ese otro saber. No parece que el materialismo histórico haya tenido éxito en producir esta teoría de nivel superior, ni que "la violencia mimética"* haya logrado a convertir la teoría económica en algo redundante¹⁵.

El dinero, postulado de esa manera, no es una nomenclatura. Tampoco es concebido como un objeto natural susceptible de hacer parte del patrimonio de los individuos. El acceso al dinero no depende de la apropiación de objetos del mundo físico (desde "conchas" u otros objetos hasta la electrónica, pasando por el oro) por parte de los individuos, así como tampoco su misma manipulación es gobernada por un sistema de preferencias sobre las cosas.

El dinero se concibe como el modo objetivo de las relaciones entre individuos. No existe, de un lado, los individuos y, del otro, el dinero: no es pensable, en el enfoque heterodoxo, que la dimensión de los individuos aparezca por fuera de las relaciones que los unen. El dinero es aquí, en el sentido más fuerte, una relación social: es el único vínculo económico. No es, entonces, postulado bajo la forma de una cantidad o de un precio sino bajo la forma de un conjunto de reglas. Así, tanto para el enfoque heterodoxo como para la teoría ortodoxa el problema fundamental a resolver sigue siendo el mismo: ¿cómo individuos que son autónomos pueden formar una sociedad? ¿De qué manera decisiones descentralizadas pueden hacer nacer un conjunto de relaciones sociales?

Pero si bien el problema es el mismo, su formulación analítica es diferente. En la teoría del valor las decisiones deben ser compatibles para ser efectivas. El concepto de equilibrio requerido supone un proceso de ajuste, el cual, como hemos visto, es el punto débil de la teoría. Debido a que los individuos son concebidos por sus expresiones monetarias, su existencia reposa sobre una "restricción de pago en efectivo", o de solvencia: a fin de estar determinado unívocamente como cantidad de unidades de cuenta, cada individuo debe tener idénticas entradas y salidas de dinero. Llamemos identidad monetaria esta condición de existencia.

El problema que debe ser resuelto se presenta ahora bajo la forma siguiente: puesto que cada individuo decide sus gastos de manera autónoma —lo que corresponde al monto de su actividad, determinada por el principio de la demanda efectiva—, ¿cómo puede darse que los ingresos correspondientes sean de tal magnitud que la identidad monetaria pueda establecerse para cada uno de ellos?

Keynes evoca implícitamente esta cuestión en la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* cuando trata de la identidad entre el ahorro y la inversión que es, de hecho, aquella entre la necesidad de financiación de los empresarios y la capacidad de financiamiento de los factores. Al identificar el costo de uso como A_1 —es decir, los gastos entre empresarios—, al denominar con F el costo de factores y C el gasto de los factores con los empresarios, podemos establecer el siguiente esquema:

	A_1 Empresarios
Gastos de los empresarios:	F Factores C
Entradas de los empresarios:	A_1 C

De donde: $|F - C| = |C - F|$

Aunque la identidad aparece claramente, no lo es la manera como se determinan las operaciones financieras que están dirigidas a darle un

contenido. La ausencia de una respuesta clara a esta cuestión crea un vacío que viene a ser llenado fácilmente por la recuperación ortodoxa: un equilibrio se sustituye por una identidad y un ajuste es imaginado, ya sea bajo la forma IS-LM ya sea bajo la de un mercado de fondos prestables.

Bernard Schmitt retoma la cuestión de manera mucho más explícita al discutir la identidad monetaria como identidad de la oferta y de la demanda y, sobre todo, mostrando el punto de solución: el sistema de amonedación¹⁶. Desafortunadamente, su presentación es oscura para muchos de los comentaristas y la distinción entre sus conceptos de departamento de emisión y de departamento financiero, aunque no carece de interés, es difícil de interpretar, mucho más si se tiene en cuenta que Bernard Schmitt trata de todo esto sin la menor referencia al problema de la socialización de los individuos.

La contribución de la heterodoxia moderna, aunque importante en muchos aspectos, no es suficiente. Por no poder plantear el problema en toda su amplitud, se quedó confinada al estricto dominio de la macroeconomía.

Una perspectiva mucho más optimista se abre si se está atento a ligar estos trabajos contemporáneos con los análisis de Marx. No es ciertamente a la teoría del valor trabajo a lo que se hace alusión sino, más bien, a los aspectos más heterodoxos del pensamiento económico de Marx: la teoría de los intercambios del segundo capítulo de *El Capital*, donde Marx se da cuenta que el equivalente general debe ser supuesto; la teoría de las formas del valor, reinterpretadas en términos de la posibilidad efectiva del intercambio, y la teoría de los precios ideales, desarrollada en los manuscritos de los *Grundrisse [1857]*. Un análisis crítico de la teoría de las crisis propuesta por Marx conduce a la idea de que la forma monetaria de las relaciones entre los individuos es decisiva y que esto puede ser comprendido sin hacer referencia al valor.

Retomar los logros de Keynes y de Bernard Schmitt y confrontarlos con el análisis heterodoxo de Marx puede ser la forma de tratar la cuestión de la existencia y de la formación de una sociedad monetaria descentralizada. Una tentativa reciente se ha hecho pero es el resultado provisional de una reflexión que aún continúa¹⁷. No es éste el lugar para recordarla en todos sus detalles pero sí podemos bosquejar brevemente su espíritu general.

El punto esencial es que la solución de la cuestión planteada se caracteriza por la presencia sistemática de efectos no intencionales al tiempo

que las decisiones individuales son voluntarias y autónomas. En otros términos, la crisis está en el centro de la formación de la sociedad.

La idea central es que, por construcción, las diferencias entre los gastos y los ingresos de los individuos, debidas a las operaciones que los unen, son, *ipso facto*, operaciones entre estos individuos, por un lado, y la instancia central, por el otro. De esta manera, en un sistema de amonedación-oro, por ejemplo, toda diferencia positiva para un individuo -que se traduce necesariamente por una diferencia negativa del mismo monto para los otros individuos tomados en su conjunto- puede analizarse como una adquisición de oro contra moneda (fundición de piezas de oro). Todo sucede como si el individuo que tiene excedente hubiera comprado el oro a los individuos deficitarios, lo que establece la identidad monetaria para todos. A diferencia de aquellas operaciones que unen directamente a los individuos en términos de las solas cantidades de cuenta, aquí el vínculo está mediatizado por la instancia central, el oro en este caso particular. En tal sistema, el "oro" no es más que el nombre que se da a una regla de amonedación que es, en el fondo, la modalidad de registro de los resultados realizados en el juego económico.

Coexisten, entonces, dos tipos de operaciones igualmente objetivas y observables: las que son promovibles por las demandas efectivas, que son directas entre los individuos, y las que dependen de las reglas de amonedación que relacionan indirectamente a los individuos, según modalidades particulares a cada sistema. El hecho que estas últimas operaciones no sean nulas atestigua la dificultad de formación de la sociedad o, más exactamente, la imposibilidad de que la sociedad sea transparente a las decisiones individuales. La crisis, que se manifiesta en las incompatibilidades de las demandas efectivas, se resuelve por la formación de los individuos según la identidad monetaria. Los individuos no preexisten a la sociedad: se constituyen al mismo tiempo que ella. La crisis es el principio mismo de formación de la sociedad y, por tanto, el ajuste y el equilibrio carecen por completo de significado en ese proceso.

¿La existencia y la formación de la sociedad están siempre garantizadas? No necesariamente. Podemos, ciertamente, concebir una imposibilidad: en un sistema de amonedación-oro, en el que los bancos aseguran las operaciones corrientes de los individuos, es perfectamente posible que los saldos interbancarios excedan la capacidad de pago de los bancos. En ese caso, lo que está en cuestión son las reglas del juego como un todo y podemos calificar esta situación como una crisis mayor. La pregunta sobre la resolución de tales crisis se sitúa en los confines de la economía política y la historia y tiene que ver con la dinámica de los sistemas monetarios.

Vemos así que los desarrollos de la heterodoxia monetaria se alejan bastante de las interpretaciones ortodoxas en cuanto a la formación de la sociedad económica, a sus reglas de funcionamiento y a las formas de las relaciones sociales; adiciónamente, permiten tratar la diferencia radical que existe entre una economía cuyos agentes tienen el mismo estatuto (sociedad mercantil) y una sociedad en la que sólo una fracción de sus miembros tienen una capacidad reconocida de iniciativa.

Debido a su construcción misma, la teoría del valor sólo se refiere a las relaciones entre individuos que tienen el mismo estatuto (en caso contrario, la equivalencia en el cambio sería un principio vacío). Así, en la teoría del equilibrio general un individuo sin dotación inicial no es concebible, el fenómeno del salario es tratado como una relación de cambio y los servicios personales –lo que Marx llama la fuerza de trabajo– son considerados como parte de la dotación inicial de los asalariados. La extensión de la teoría del valor al salario no plantea ningún problema analítico particular mientras la sociedad (con salario) se confunda con la sociedad mercantil; la teoría es coherente con una cierta representación general de los fenómenos sociales que podríamos calificar de liberalismo.

De otra parte, la adhesión a la teoría del valor no se concilia con la idea de que existe una heterogeneidad de estatutos, entre, de una parte, los campesinos y capitalistas y, de otra, los asalariados. El desconocimiento de esta incompatibilidad es típico en la teoría marxista, como lo testimonian las numerosas contradicciones de la teoría de la fuerza de trabajo como mercancía, hoy en día bastante conocidas. Para superar esta incompatibilidad se requiere el enfoque monetario heterodoxo puesto que éste conlleva un principio endógeno, es decir, económico, de diferenciación: de un lado, individuos que tienen acceso a la amonedación –el poseedor de dinero de Marx o los empresarios de Keynes, únicos aptos para realizar una demanda efectiva– y, del otro, el resto de individuos, cuya expresión social está totalmente subordinada a las decisiones de los primeros. Las consecuencias teóricas de esta heterogeneidad son importantes: sólo mediante ella podemos deducir la categoría económica de capital que, de otra forma, parece, en mucho, incompatible con la teoría del valor¹⁸.

El desarrollo y el establecimiento, sobre bases sólidas, de la heterodoxia monetaria constituyen la tarea teórica más urgente, aunque también la más ambiciosa. Esa tarea no está, en modo alguno, animada por un espíritu sectario sino por el estado actual de los debates en economía política.

Notas

- * En alemán significa, literalmente, "visión del mundo". [N de T].
- 1 Véase —entre otros—: Steedman, Ian. *Marx after Sraffa*. Londres, New Left Books, 1977 [Edición en español: *Marx, Sraffa y el problema de la transformación*. México, Fondo de Cultura Económica, 1985].
- 2 Una parte de la corriente keynesiana rechaza con más o menos éxito esta asimilación. Esta va de Alain Barrère en Francia a Sydney Weintraub y Hymman Minsky en Estados Unidos.
- 3 Hahn, Frank. "The Neo-Ricardians". *Cambridge Journal of Economics*. Vol. VI, No. 4. Diciembre de 1982.
- 4 Schumpeter, Joseph A. *Historia del análisis económico*. México. Fondo de Cultura Económica, 1971. pp. 263–264. [existe otra edición con el mismo título: *Historia del análisis económico*. Barcelona, Ariel, 1972. 2a. ed. pp. 323–324]. El capítulo sexto de la segunda parte de esta obra podría citarse en su totalidad.
- 5 La coexistencia de esos análisis en la reflexión de algunos autores toma la forma de contradicciones internas en sus obras.
- 6 El abandono parcial del intercambio voluntario (tracionamiento en el proceso de *non tâtonnement*) no contradice esta proposición, en la medida en que ese abandono significa, más bien el fracaso de la teoría antes que su desarrollo.
- 7 Con la interesante excepción, antes señalada de la teoría del *non-tâtonnement*.
- * Literalmente: ajuste por tanteos [N de T].
- 8 Véase —por ejemplo—: Fisher, F. *Desequilibrium Foundation of Equilibrium Economics*. Londres, Cambridge University Press, 1983.
- 9 En tal representación, la totalidad reposa sobre una hipótesis *ad hoc*: la "ausencia de sorpresa favorable", no sucede jamás que los arbitrajes puedan hacer aparecer una ganancia para un individuo cualquiera... Sobre este punto véase: Fisher, F. *Op. cit.*
- 10 Keynes, John Maynard. *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. México, Fondo de Cultura Económica, 1965. 2a. ed. (corregida). Véase, principalmente, los capítulos 3, 5 y 12.
- 11 Benetti, Carlo y Cartelier, Jean. "Introduction a une économie politique hétérodoxe". *Working Paper*. No. 8302. Université Catholique de Louvain.
- 12 Hahn, Frank. *Money and Inflation*. Londres, Oxford University Press, 1982. p. 1 [Edición en español: *Dinero e inflación*. Barcelona, Antoni Bosch Editor, 1983. p. 1 (hemos usado esta traducción para el texto citado)].

- 13 Sobre este punto véase: Benetti, Carlo y Cartelier, Jean. *Op. cit.* pp. 89-93.
- 14 Una tentativa reciente se debe a: Aglietta, Michel y Orléan, André. *La violence de la monnaie*. París, Presses Universitaires de France, 1982.
- * El autor hace referencia a la teoría de la violencia desarrollada por el antropólogo René Girard y de la cual Michel Aglietta y André Orléan (*Op. cit.*) pretenden derivar el dinero. [N de T].
- 15 Esto no prejuzga de la posibilidad y del interés de una definición económica del concepto y de su utilización en la interpretación de ciertos resultados teóricos.
- 16 Schmitt, Bernard. *Théorie unitaire de la monnaie nationale et internationale*. Albeuve, Castella, 1975.
- 17 Benetti, Carlo y Cartelier, Jean. *Op. cit.*; Cartelier, Jean. *Op. cit.*
- 18 Benetti, Carlo y Cartelier, Jean. "Il capitale come estanzione della merce: una contraddizione dell'economia politica". *Economia e Filosofia. Material y Filosófico*. No. 7. Milano. Angeli, 1983 [Edición en español: "El capital como extensión de la mercancía: una contradicción de la economía política". *Lecturas de Economía*. No. 14. Medellín, mayo-agosto de 1984].